

## De Buenos Aires a México: la amistad literaria de Alfonso Reyes y Enrique Anderson Imbert

JAMES WILLIS ROBB

*The George Washington University*

Al llegar el embajador Alfonso Reyes a Buenos Aires en julio de 1927, se vio rodeado desde el principio de jóvenes poetas argentinos y de viejas y nuevas amistades literarias de varias procedencias. Entre sus numerosas amistades argentinas encontramos al Borges en transición de poeta ultraísta a narrador de lo fantástico y a otro narrador de lo fantástico, Enrique Anderson Imbert, quien en una carta reciente nos da cuenta de cómo conoció a Alfonso Reyes:

Me pregunta usted cuándo, dónde y cómo conocí por primera vez a Alfonso Reyes. Fue cuando Reyes volvió a Buenos Aires como embajador de México (se trasladaba así de Brasil a la Argentina). Antes me había enviado su revista *Monterrey*, pero sólo lo conocí personalmente cuando Pedro Henríquez Ureña —que era mi maestro— me llevó a la embajada, no una, sino muchas veces. Casi todas las semanas. Entonces pude admirar el brillo de su conversación, no menor al de su estilo literario. Esa amistad fue reanudada cuando Reyes volvió a México y yo lo visité en su casa, varias veces. Reyes me distinguía con su amistad, en gran parte, creo, porque siendo yo el discípulo más apegado a Henríquez Ureña, de algún modo yo le evocaba la imagen de su gran amigo de los tiempos del Ateneo, en México. En México asistí a la lectura de su traducción de Homero. ¡Qué bien recitaba! He escrito algunas páginas sobre Reyes, muy pobres e insignificantes, me temo [...]. En mi *Teoría y técnica del cuento* aproveché algunas de las ideas de Reyes en *El deslinde* [...] (21 nov. 88).

Al asomarnos al epistolario de Reyes con Anderson Imbert, conservado en la Capilla Alfonsina y completado por el propio

Anderson Imbert,<sup>1</sup> nos topamos de buenas a primeras con una carta dirigida por Reyes a Anderson desde Río de Janeiro, de fecha 1° de marzo de 1936, antes del primer encuentro de los dos en Buenos Aires y en que Reyes le comenta con entusiasmo una de las tempranas narraciones fantásticas (o de "realismo mágico", diría Anderson) de Anderson Imbert:

De veras, señor y amigo, [dice Reyes] que su preciosa *Luna de la ceniza* es un verdadero acierto literario, no sólo por el tratamiento del asunto, tan artístico y tan terso, sino por el asunto mismo, tan evidente, tan inmediato, y que como todas las cosas que tenemos delante de los ojos, se nos escapa si no enfocamos bien la pupila... ¡Qué punto de justo equilibrio en tan cortos años! Lo felicito sin rodeos, lo aplaudo con toda sinceridad y quedo esperando sus nuevas publicaciones, para las que pido sillón de convidado perpetuo, si tanto merezco.

Cordialmente suyo,  
[Alfonso Reyes]

Años después, al hablar Anderson Imbert sobre el "realismo mágico", cuenta cómo su lectura de Reyes le había dado un estímulo:

Mi mayor deslumbramiento fue la prosa de Alfonso Reyes, a quien traté personalmente en sus visitas a Buenos Aires; sus narraciones y arranques narrativos inventaban un alucinante reino de ficción. Baste recordar los cuentos de *El plano oblicuo* (1920); por ejemplo, "La cena" y "La reina perdida", donde la realidad se hace mágica. Gracias, también, a Alfonso Reyes, que me los recomendó, leí los extraños *Ensayos y fantasías* (1918) de su compatriota Julio Torri (Anderson Imbert 1976 21).

Siguiendo el hilo de este epistolario, vemos que desde el principio se establece un cordial intercambio de lecturas, comentarios y luego colaboraciones. En la carta del 7 de agosto de 1937, estando los dos en Buenos Aires, Anderson Imbert se refiere a algunas páginas que Reyes le ha pasado para leer, de una obra

<sup>1</sup> Agradecemos a Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina, y a don Enrique Anderson Imbert, el haber permitido consultar este epistolario, del cual citaremos varios pasajes.

en elaboración, y comenta tres temas surgidos en el número 14 de *Monterrey*, el "correo literario" de Alfonso Reyes:

Muy distinguido señor:

Le escribo a usted un tanto avergonzado. ¡Ya debía haberle entregado las copias de *Historia de un siglo!* Los exámenes en la Facultad me atrasaron. Afortunadamente he pasado —y bien— el trance fiero. Y ahora estoy apurado en mi tarea.

Le agradezco el envío de *Monterrey*. Le agradezco —en nombre de mi religión proustiana— las observaciones tan agudas y tan necesarias sobre Vermeer. Ignoraba yo todo eso, naturalmente, y ahora me afirmo más [y cita a Reyes]: "El más leve contacto con Vermeer de Delft confirma, en efecto, la sospecha de que, en la novela de Proust, todo es necesidad, trama vegetativa e íntima, como la de las fibrillas en el tejido de la piel".

¡Y qué claras las indicaciones sobre el *Sentido de América!* Al leer sus "notas sobre el vuelo" se me ocurrió otra clase de notas, pero a contrapelo.

De modo que a Anderson le habían interesado, no sólo las observaciones de Reyes sobre afinidades de Proust con el pintor holandés, sino sus ideas americanistas y sus notas sobre las profecías de vuelos humanos. Además, a Anderson Imbert, como redactor de la revista socialista *La Vanguardia*, le preocupa que en ella se publiquen cosas sobre México que puedan ofender al embajador Alfonso Reyes:

Otra cosa. Advertido el director de *La Vanguardia* de la mala impresión causada por algunos artículos de Adolfo Dickman sobre México —artículos que, no bien aparecieron, yo censuré aquí en la casa, y que, dicho sea de paso, desagradaron a todos los socialistas que conozco—, me ha encargado una especie de desagravio: "Cuando lo vea a D. Alfonso Reyes, dígame que *La Vanguardia* no participa de esos juicios, y que, en adelante, tendrá muchísimo gusto en ofrecer sus páginas a cualquier aclaración que se desee o a las informaciones sobre la obra del actual gobierno mexicano".

Reyes, siempre atento, no demora en contestarle, con fecha del 9 de agosto de 1937:

Querido amigo:

Mil gracias por su carta del 7, por sus amables explicaciones, por la transmisión que se me hace de las palabras del Sr. Director de *La*

*Vanguardia* (que realmente me estaban haciendo falta) y por su gentil noticia del No. 14 de mi *Monterrey*. Muy curiosa su comunicación sobre Descartes y *El vuelo*. También Horacio ha dicho por ahí algo por el estilo.

Tome el tiempo que necesite para la *Historia de un siglo*. Yo, entre tanto, estoy completando los últimos capítulos.

Muy afectuosamente suyo,  
[Alfonso Reyes]

Pero mientras se cruzan siete cartas, entre septiembre y diciembre de 1937, Anderson Imbert cae enfermo, no puede terminar su lectura de *Historia de un siglo*, y Reyes tiene que pedirle que le devuelva esas páginas por estar empacando sus cosas para viajar a México, donde permanecerá de enero a mayo de 1938, antes de volver al Brasil para una última misión diplomática de nueve meses. Pero ya en México, con fecha 12 de abril, don Alfonso toma el tiempo de agradecerle a Anderson una reseña de su libro recién publicado en Buenos Aires:

Mi querido Enrique:

He leído con viva emoción su nota sobre *Las vísperas de España* que aparece en el número 40 de *Sur*. Bien quisiera merecer de veras cuanto usted dice. Ahora hasta miedo me da pensar que pongo en sus manos otros libros de estilo menos cuidado. Pero no todo el canto puede ser do de pecho. Eso ni siquiera sería higiénico.

Inútil decirle cuánto lo recuerdo, cuán agradecido le quedo por sus constantes gentilezas y su auxilio para mi trabajo, y cuánto me compromete ante mí mismo el elogio de un espíritu tan puro como el suyo.

Le desea todo bien y lo abraza muy cordialmente,

[Alfonso Reyes]

Se reanuda la correspondencia a partir de enero de 1940, estando Reyes definitivamente instalado en el Distrito Federal como presidente de la Casa de España en México, que luego se volverá El Colegio de México. El 22 de octubre de 1941 Reyes escribe a Pedro Henríquez Ureña en Buenos Aires invitándoles a él, a Anderson Imbert y a otros a colaborar en la naciente revista *Cuadernos Americanos*. El 15 de julio de 1942 Reyes le escribe a Anderson en Tucumán, Argentina, expresando interés por sus recientes publicaciones:

Mi querido Enrique:

Le agradezco mucho sus preciosas publicaciones, *El mentir de las estrellas* (nunca olvidaré la "Luna de ceniza") y el estudio sobre Payró, todo de mano maestra. He enviado un ejemplar a Enrique Díez-Canedo y el otro a Antonio Castro Leal. Ojalá reciba usted algo que le mandé a su antigua dirección en Buenos Aires. Acuérdesese de mí siempre que publique algo.

Lo quiere y estima muy de veras  
[Alfonso Reyes]

El 12 de octubre de 1947, Anderson Imbert, ahora desde la Universidad de Michigan en los Estados Unidos, expresa su preocupación por la salud de don Alfonso, le pregunta sobre la edición de su estudio de Juan Montalvo para El Colegio de México y comenta el último libro de Reyes, *A lápiz*:

Querido amigo:

Mr. Irving Leonard nos trajo al mismo tiempo la noticia de la enfermedad y el restablecimiento de usted. Fue como ver en el pizarrón los primeros trazos a tiza de un garabato, y en seguida el borrador que limpia y todo queda como antes. Me sentí aliviado; pero todavía me preocupa su salud. ¿Está usted ya del todo repuesto? ¡Ojalá!

He recibido *A lápiz*. Ante todo, ¡qué buen título! Alguna vez habrá que estudiarse, por separado, el acierto de sus títulos. Son actos poéticos, visionales o conceptistas, anuncios del río de espléndida prosa que corre por debajo de la cubierta. Es usted el único escritor que conozco que obliga a la Estilística a comenzar el análisis con las palabras del título. *A lápiz*... Pero ¿verdad que el lápiz de usted es tan definitivo como la tinta china? Como siempre, sus crónicas me han provocado. Es lo que apuntó Gide en su Diario: para curarme la esterilidad, primero pensar en la muerte, y después leer a quienes se envidia. Las páginas de usted me han venido a inquietar la pluma. ¡Si yo pudiera lograr ese concierto de lógica y poesía! Acababa yo de escribir un largo prólogo a *María* y estaba muy orgulloso de algunos de mis atisbos, y ahora veo, en sus "notas sobre la *María* de Jorge Isaacs", que ya los había usted expresado con el aire más desaprensivo del mundo, pero rigurosamente.

Me dice [Raimundo] Lida en su última carta: "¿Ha leído usted *Burlas [literarias]* de D. Alfonso Reyes?" Ah, ¿hay otro libro? ¿Podría usted decirme cómo puedo conseguirlo?

Y al describir su vida "en esta Universidad de Michigan",

Anderson da a entender entre líneas que siente cierta íntima desazón de exiliado:

A veces siento un dolor, en el lugar de la amputación (la Argentina), pero pienso que en estos tiempos hay que agradecerlo todo: hasta que se nos deje respirar.

A veces el intercambio epistolar se limita a una breve nota en una tarjeta: un saludo, un agradecimiento, una observación sobre Rubén Darío, por ejemplo. Así, una de Anderson, de enero de 1950:

Querido don Alfonso Reyes:

Permítame que, al cumplir mis cuarenta años, lo salude a usted por sus sesenta. Como siempre, con envidia. No envidia de la vocación, "trazada en surco derecho", sino de sus frutos.

Un abrazo,  
[E. Anderson Imbert]

Y una de Reyes, del 25 de julio de 1950:

Mi querido Enrique:

Siento que se ha perdido el contacto, y eso no está bien ni lo aprueban los dioses. Le mandé mi libro *Junta de sombras*, y no me ha dicho usted si le llegó. ¿Qué prepara, qué hace?

Siempre cordialmente suyo,  
[Alfonso Reyes]

Pero Anderson se apresura a contestarle con fecha 27 de julio:

Mi querido don Alfonso:

Recibo su carta en el momento mismo en que estaba por escribirle... Me pregunta si he recibido *Junta de sombras*. Sí. Y ya lo he leído. Y he escrito, para *Sur*, una nota...

*Junta de sombras* es un libro admirable. El estilo, brillante como siempre; pero con más densidad, más soltura y gesto humano que nunca. Sus últimos libros, sin perder la gracia, han adquirido un valor de conducta. Ahora nos agrupamos a su alrededor, no sólo para gozar, aristocráticamente, de finos rasgos de espíritu, sino para defender un modo espiritual de vivir, un ideal humanístico, una cultura amenazada, un ejemplo de vocación, una honradez. Antes, lo disfrutábamos; ahora, lo necesitamos.

El 3 de agosto de 1951, don Alfonso tuvo su cuarto ataque cardíaco o “aviso del corazón”. Una carta de Anderson Imbert fechada el 12 de septiembre desde Ann Arbor, Michigan, le habla a don Alfonso de su reciente visita a México, expresando nueva preocupación por su salud.

Querido don Alfonso:

Espero que, al recibir estas líneas, ya se encuentre usted bien. La noticia de su enfermedad me hirió vivamente, y hasta el momento de partir de México me informé diariamente de su estado, por los amigos más próximos. No quise molestar a su señora, porque sé cuán odiosos son los timbrados del teléfono en esos momentos. Tampoco pedí verlo, porque hubiera sido un abuso. Pero, al volverme a Ann Arbor, me traje la seguridad de que usted mejoraba. No se preocupe usted de contestar esta carta. Sólo he querido explicarle por qué me vine sin verlo; y agradecerle las muchas atenciones que tanto usted como su señora tuvieron conmigo. México es un país maravilloso. Este verano de 1951 será inolvidable. Y los mexicanos, cordialísimos amigos. Pero México, con don Alfonso Reyes encendido en conversación, es uno de los sitios del mundo donde viviría feliz.

Presente usted mis respetos a doña Manuela; y reciba, con mi abrazo, los deseos de un rápido y completo restablecimiento.

Suyo,

[E. Anderson Imbert]

El 19 de septiembre doña Manuela, la esposa de Reyes, le contesta agradeciéndole sus palabras. E inevitablemente nos resuena el eco de la fantasía autobiográfica de don Alfonso (recogida en *Las burlas veras: primer ciento* 41-43), “De turismo en la tierra”:

Yo caí muerto en 1951 con un grave infarto en la coronaria. Fui internado en el Instituto Nacional de Cardiología, cuyos elogios había ya cantado siete años antes, sin sospechar que alguna vez probaría yo por mí mismo sus excelencias. Me salvó el saber de don Ignacio Chávez, y también —estoy cierto de ello— me salvaron el amistoso ardor y la firme voluntad que puso —nuevo Hércules— en arrancarme a los brazos de la muerte [...]. El Dr. Chávez solía decir humorísticamente a quien le pedía nuevas de mi salud: “No puedo saber cómo se encuentra. Cuando le interrogo, me contesta recitándome pasajes de Góngora”.

Pero, en uno de mis sueños, me vi transportado al cielo [...], y he aquí la escena que presencié: [...]. Y ahora, pacientes amigos, ¿se

explican ustedes por qué yo siempre traigo otro libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber nunca antes comenzado el siguiente?

[Septiembre de 1954]

En su carta del 10 de agosto de 1952 Anderson Imbert le pregunta a don Alfonso por su salud, le acompaña copia de su programa de curso, "Grandes escritores de la literatura hispano-americana", en que incluye a Alfonso Reyes, y comenta sus versos homéricos (*Homero en Cuernavaca* y el traslado de la *Iliada*):

Querido don Alfonso:

Muchísimas gracias por el envío de *Crónica de Francia II*, y por su travieso *Homero en Cuernavaca*. Después de haberlo oído a usted, recitando su Homero y explicándolo, en el Colegio de México, y después de haber leído su versión, en el magnífico volumen del Fondo [de Cultura Económica], estos versos, juguetones, repletos de intención e inteligencia, abren una nueva cámara. La cámara donde se recibe a los amigos y se conversa con ellos, con el tono gracioso que sigue al esfuerzo serio. Literatura para literatos, [...] para los que conocen bien la historia literaria y saben coger al vuelo una insinuación. Hacía tiempo que no gozaba tanto del placer de sentirme culto y ¿por qué no decirlo? inteligente. Es una de sus virtudes, don Alfonso: afinarlo a uno, mientras leemos sus páginas, hasta que nos vemos cara a cara con usted, allá arriba.

El 14 de diciembre de 1952 Anderson le ofrece este juicio sobre su *Obra poética*, recién aparecida:

Querido don Alfonso:

Me llegó su *Obra poética* justamente a tiempo para resolverme un problema: *Collier's Encyclopedia*, de Nueva York, me había pedido 500 palabras —¡ni una más!— sobre los libros más importantes del año 52. Reuní algunos títulos, pero me faltaba, me faltaba... Y llegó: *Obra poética* de Alfonso Reyes. ¡Muchísimas gracias! Todavía la estoy disfrutando. Sus libros de poesía aparecieron tan espaciadamente, tan interrumpidos por una mayor producción en prosa, en ediciones de acceso tan difícil, con tanta versatilidad en estilos, tonos, temas, que pocos lectores jóvenes de hoy se formaban idea clara de usted, en tanto poeta. Ahora será evidente para los más jóvenes lo que don

Pedro [Henríquez Ureña] nos decía: "Alfonso, ante todo, ¡es poeta!"  
¡Qué placer poder seguirlo, ordenadamente, a lo largo del camino!

Lo abraza,  
[E. Anderson Imbert]

El año siguiente, un congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana trajo a México a Anderson Imbert, dando lugar a otro encuentro con don Alfonso, aunque tuvo que acortar su visita, como explica en su carta del 20 de septiembre de 1953:

Querido don Alfonso:

Cuando William Berrien me entregó su tarjeta, invitándome a que llevara a su casa a algunos amigos del Congreso de Literatura, yo estaba ya casi con el pie en el estribo del tren. Porque tuve que venirme a Ann Arbor antes de lo calculado...

Leí, durante el viaje de vuelta, el elegante tomito *Árbol de pólvora*, que usted me regaló, cuando fuimos a cenar a su casa, con Orfila y Lida. Precioso. "Campeona" es de antología. La travesura, la picardía, el merodear por palabras y cosas que al escritor le es imposible explicar con mayor claridad (así dice usted en la pág. 96) da a este libro un encanto nuevo, y nosotros, los que nos especializamos en el estilo de Alfonso Reyes, vamos poniendo notas al texto, para ediciones críticas que se harán alguna vez.

Le agradezco, don Alfonso, la amabilidad con que me recibió. Le ruego que extienda mi gratitud a su señora. Y me reservo, para el próximo viaje a México, las horas que la necesidad de venirme a prisa me quitaron.

Con el afecto de siempre,  
[E. Anderson Imbert]

La última carta que tenemos de Anderson Imbert a Reyes es del 1° de octubre de 1954 y le agradece dos libros:

Querido don Alfonso:

En una de las mesas de la Feria del Libro, en Madrid, vi un ejemplar de *El cazador*, 1921. Claro, lo compré. Ahora me llega, amablemente dedicada, la segunda edición. ¿Cuál leer? Ya veo que hay cambios. ¿Cotejar los textos? Es una indiscreción. Es lo que haré, sin embargo. Con esas indiscreciones uno descubre secretos que nos

enseñan a escribir. Gracias, don Alfonso, por su envío. Y también por el de la *Trayectoria de Goethe*, que será otra de mis fiestas...

Gracias, otra vez, por su recuerdo.

Un abrazo,

[E. Anderson Imbert]

Pero no han terminado los intercambios. En una carta, del 27 de agosto de 1956, que Anderson escribe a C. A. Portala, del Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos, en Nueva York, da su voto de adhesión a favor del Premio Nobel para Alfonso Reyes. Y en una nota de su puño y letra, con membrete del Cerro de la Silla, el 11 de febrero de 1957, don Alfonso le agradece a Anderson su colaboración para el *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, que es un artículo titulado "Segismundo-Adán y Miranda-Eva" y que arranca del ensayo de Reyes "Un tema de *La vida es sueño*". Aquí la nota de don Alfonso:

Querido Enrique: ¡Qué admirable página! ¡Qué agradecido le quedo! Acaban de entregarme el *Libro jubilar*. ¡Cuánto me conforta el contar con amigos como usted! Y ahora sólo falta que vuelva Ud. entre nosotros, que Ud. y yo todavía tenemos mucho que decirnos. Entretanto, aquí tengo junto a mí a Miranda y a Segismundo.

Un abrazo,

[Alfonso Reyes]

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. "Luna de ceniza." *Lune de cendre*. Buenos Aires: La Vanguardia, 1935. Recogido en *El mentir de las estrellas*. Buenos Aires: Ángel Culab, 1940; en *Las pruebas del caos*. La Plata: Yerba Buena, 1946, y en *El grimorio*. Buenos Aires: Losada, 1961.
- . *El realismo mágico y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila, 1976.
- (Varios). *Libro jubilar de Alfonso Reyes*. México: UNAM, 1956.
- REYES, ALFONSO. "De turismo en la tierra." *Las burlas veras (primer ciento)*. México: Tezontle, 1957. 41-43; *Prosa y poesía*. 3ª ed. Madrid: Cátedra, 1984. 178-180.

———. *Obra poética (1906-1952)*. México: FCE, 1952.

———. *Obras completas*. Vols. I-XXI. México: FCE, 1955-1981.

Epistolario Alfonso Reyes / Enrique Anderson Imbert. Inédito. La Capilla Alfonsina. México. 24 cartas (incluyendo tarjetas), de A. R. a E. A. I., 1º mar. 1936-11 feb. 1957; 12 cartas (incluyendo una tarjeta) de E. A. I. a A. R., 7 ago. 1937-1º oct. 1954.

A propósito de las Obras de Octavio Barrera y la edición de Lourdes Franco

LUIS MARIO SCHNEIDER

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM

Extraño caso, aunque no único, el de Octavio G. Barrera, no sólo en la literatura, sino en toda la cultura nacional, y que llama a reflexionar sobre las cómodas y manipuladas clasificaciones que venimos repitiendo desde hace largos años. Aceptamos catalogaciones manejadas por grupos o generaciones literarias siempre supeditadas a natabios, es decir, sujetadas a cronologías, y no a concepciones estéticas. Y lo peor, cuando nos afirmamos en esas agarraderas olvidamos nombres, por ausencia de investigación, por error de trabajo, quizá también por fliraganería.

Octavio G. Barrera nació el 30 de noviembre de 1897; Bernardo Ortiz de Montellano, el 3 de enero de 1898, y Enrique González Rojo, el 28 de agosto del mismo año; es decir, que los dos primeros "Contemporáneos" eran contemporáneos del autor de *Sonetos a la Virgen*. Pregunto: ¿por qué, si nos atamos a lo cronológico, no se incluye a Barrera dentro de ese grupo? ¿Acaso entre el propio Pellicer y el más joven de todos, Gilberto Owen, no se llevaban seis cumpleaños? Más todavía, los "Contemporáneos" eran sin lugar a dudas un "grupo sin grupo" o, como se ha dicho, un "grupo de soledades", pero indudablemente estaban unidos por intenciones que la crítica maliciosa determinó como extranjerizantes, porque creían en la cultura universal y en una necesidad imperiosa de romper con esa idea nacionalista que la política estatal explotaba. Una especulación